

Aprendiendo a vivir una nueva vida.

Hola, yo soy Alf , y soy un atún rojo. Y os voy a contar las memorias de mi padre, que vivió en lo que los peces llaman la “era de la vida”, la “era de la vida” pasó hace mucho tiempo, cuando los humanos no tiraban desechos al océano. Mi padre nadaba en aquellas aguas del Mediterráneo donde conoció a mi madre por primera vez y, no solo a mi madre, sino que también comenzó a ver el “fin de la era de la vida”. Mi madre estaba atrapada en unos aros unidos entre sí y mi padre se separó del grupo de atunes. Entonces nadie podía salir de este sin que el jefe del grupo lo aprobara, si lo hacías nunca más podías entrar. Al ver a mi madre, atrapada, salió sin pensarlo dos veces a ayudarla. Cuando consiguió sacarla, se preguntó qué podía ser aquello tan extraño, jamás en su vida había visto un ser acuático semejante. Al pasar un grupo de tortugas una de ellas se paró y nos dijo:

- Hola, soy Larry, he observado tu cara tan extraña al observar este objeto.-

- ¿Objeto? Yo lo había dado por alguna planta exótica o algún otro ser.-

- No, esto es un objeto, sirve para juntar varias latas, por lo general refrescos.-

- ¿Latas ? ¿ Refrescos? -

- Sí, almacenan ahí comida u otros líquidos. Los refrescos son como el agua que bebemos, solo que le añaden sustancias que desconozco, que le hacen tener un sabor más dulce. -

- Ah, entonces es un producto humano, ahora lo entiendo. Pero lo que no entiendo es cómo sabes tú todas estas cosas. -

- Yo, he nacido en una tienda de peces, que es una tienda en la que nos venden, y una chica, un día, me compró. Esa chica tenía la edad de 17 años. Un día decidió hacer un viaje, viajamos a lugares llenos de plantas, pero no eran como las nuestras, estaban fuera del agua aunque la necesitaban. También viajamos a una ciudad que odio y odiaré. Estaba llena de casas y edificios

enormes. En lugar del maravilloso cielo azul que observamos desde aquí, había una mancha gigante negra que lo cubría todo, los humanos lo llamaban humo.

Un día, mi dueña fue a una charla sobre algo que no pude entender. Unas empresas tenían la idea de, dada la inmensidad y profundidad de los océanos, utilizarlos para verter basura y sustancias químicas en cantidades ilimitadas, sin que esto tuviera consecuencias importantes. Los partidarios de continuar con los vertidos en los océanos incluso tenían un eslogan: «La solución a la contaminación es la dilución.». Se me quedaron grabadas esas palabras para siempre, mi dueña, decidió soltarme en la playa para que pudiese disfrutar de los últimos días de los océanos. Después de aquel momento encontré a este grupo de tortugas que me aceptaron como a uno de la familia. -

Mi padre, también me dijo que le quedaba poco tiempo a lo que conocíamos como nuestro hogar. A partir de aquel instante, él comprendió que debía transmitir ese mensaje y que era hora de formar una familia, pero primero, debían encontrar un hogar y, así lo hizo.

Cuando mi madre acababa de poner todos los huevos, las corrientes del mar cambiaron de manera anormal. Mi padre se dio cuenta, que un líquido negro empezó a caer desde un enorme barco que se había estrellado contra una roca. Decidieron meterse en una pequeña cueva donde habían guardado los huevos.

Normalmente se alimentaban de anchoas, sardinas, arenques etc.

Un día, cuando salió de la cueva en busca de alimentos, mientras ella se quedaba vigilando los huevos, no encontró... Nada.

La mayoría de peces estaban muertos, ya envenenados por aquel líquido negro.

De aquel barco caían cajas. Una se rompió contra un arrecife y decidió ir a ver si contenía algún alimento. Efectivamente, contenían una especie de huevos y, aunque no identificó de qué pez eran, se llevó los que pudo, porque estaban escasos de comida. Mi madre, dudó en comérselos pero al final, el hambre le venció. A los pocos segundos, notó que algo iba mal en ella. Se estaba muriendo y no sabía porqué. Luchó cuanto pudo pero no pudo hacer nada.

A los pocos instantes asomó la cabeza una tortuga, y se dio cuenta de que le resultaba familiar era Larry.

- No comas de esos huevos- dijo

Pero, ya era tarde. La pececita que había conocido hace ya tiempo, no seguía viva.

Le explicó a mi padre, que eso no eran huevos, sino nurdles, o lágrimas de sirena, bolitas de plástico letales.

Mi padre tenía que cuidar ahora solo de los huevos pero, como no podía cuidarlos a todos, escogió a uno, a mí.

Decidió acompañar a Larry, porque él le ayudaría a sobrevivir gracias a su sabiduría.

Un día, mientras nadaban por un mar cerca de Filipinas, vieron una gran cantidad de tiburones que rondaban buscando comida. En pocos segundos se desplazaron hasta que encontraron un grupo de supuestas medusas. Larry sabía que no eran medusas, eran bolsas de plástico.

No podíamos hacer ni decirles nada, éramos uno de sus preferidos manjares. Fue muy duro observar cómo se las tragaban sin más y morían asfixiados.

Así mi padre observó, conmigo todavía en huevo, una de las mayores crueldades que jamás había visto hasta entonces. Aunque fuesen depredadores de peces y tortugas le dolía, eran habitantes de su mismo mundo.

Pero el dolor aún no había acabado. Durante todo el tiempo que pasaron juntos, Larry le contó todo lo que sabía a cerca de los humanos.

Llegó el momento en que tenían que separarse. Mi padre era un pez de agua fría y a Larry le gustaba ir a islas tropicales, donde hacía por lo general mucho calor.

Tras la separación, mi padre encontró un lugar bajo una roca en la que poder vivir. Yo ya había nacido, era pequeño y delicado. Mi padre me tenía el ojo puesto siempre.

Un día, mientras me impartía unas pequeñas clases de cómo conseguir alimento, es decir, cómo cazar otros peces más pequeños, oímos como un gran trozo de iceberg caía al agua. Se estaba derritiendo, a causa de la elevación de la temperatura.

Cayó con tanta fuerza que nos impulsaron las olas. Yo, fui a caer encima de una orca, pero conseguí nadar tan rápido que escapé. Mi padre se golpeó contra

el hielo y, fue arrollado por la hélice de un barco de visita que pasaba una vez al mes por allí. Murió.

Cuando ya me había adaptado a la vida natural, me di cuenta de que habíamos acabado trágicamente, al igual que otras muchas especies y, tenía que aprender a sobrevivir en un nuevo océano en el que estaba yo solo, sin ayuda ni comida.

Entonces recordé que todavía existía alguien que me podía ayudar: Larry, aquella tortuga que había ayudado y acompañando a mi familia en los peores momentos.

Era muy complicado encontrarla, porque había miles de kilómetros en los que buscar. Pero, después de todos los sucesos que me habían ocurrido en mi vida, no iba a rendirme ahora ni a ponerme triste. Los peces no lloran, aunque podrían ¿no?

Tras una corta búsqueda, no me lo podía creer, ahí estaba Larry.

Me contó que él me estaba buscando. Sabía que estaba solo. Un emperador, le había dicho que un salmón le había contado, que un mero lo sabía por una ballena que se encontraba allí cuando sucedió todo.

Ya sabéis que los rumores corren como la espuma, Larry se enteró rápido.

Cada día me explicaba una cosa nueva, se notaba que era una tortuga muy sabia.

En ocasiones, nos encontrábamos como unas plataformas que hacían agujeros en el fondo marino. Era minería oceánica y no había que acercarse porque contaminaba. Extraían metales como el oro y el cobre, así como, minerales como el cobalto y el zinc. Esas extracciones hacen daño al fondo marino, decía.

También me explicó que su dueña estudió biología y, uno de los temas que más trataba era la contaminación química. Las sustancias tóxicas que provenían de actividades industriales y afectaban gravemente a los peces silenciosamente, sin avisar.

Nos íbamos desplazando cada varios días de sol, en busca de la zona donde se encontraba nuestro alimento. Larry ya no sabía cómo terminar de enseñarme a cazar mi comida, y tras muchos intentos fallidos y energía derrochada conseguí aprender por mí mismo.

En una ocasión, cuando terminé de engullir unas sardinas, fuimos juntos a buscar la comida de Larry. Se estaba haciendo un poquito mayor y le costaba cada vez más cazar su comida. Entonces, vimos una cosa que Larry llamaba tubería. Estaba muy mohosa y, alrededor, había cangrejos ermitaños, la comida preferida de Larry, a parte de las medusas, que las estaba dejando de comer, porque la vista le fallaba a veces, y no quería confundirlas con bolsas de plástico.

Larry, en seguida se dio cuenta de que no era un tubo cualquiera, era un tubo por el que arrojaban aguas residuales.

Sin darme cuenta, ya había lanzado otras de sus lecciones tan rápido como nadábamos en aquel instante para huir de aquel tubo.

Me explicó que las aguas residuales eran las que utilizaban los humanos en sus hogares, comercios e industria y, después, supuestamente pasaban por una especie de limpieza para dejar el agua como nueva.

Pero, no era así, porque no era suficiente para eliminar todos los desechos que producían los seres humanos. Estas, todavía contenían residuos como los medicamentos, tan necesarios para los humanos. Los “antiinflamatorios” quedaban en el agua residual y al entrar en contacto con el mar, contaminan a los seres vivos que lo habitamos y pudiendo crear modificaciones en su organismo. Otra cosa más que añadir a la lista de sustancias letales para todos los seres vivos del océano.

A los días, pusimos rumbo hacia otro nuevo destino del que poder aprender.

Larry, me hablaba continuamente de los plásticos. Yo pensaba que le estaba empezando a fallar la memoria, pero esto no podía ocurrir, si no nadie más podría enseñarme a vivir en un nuevo océano.

Esta vez me sorprendió, me habló de algo relacionado con el plástico sí, pero diferente, los micro plásticos. Me relató que eran partículas altamente tóxicas que procedían de cosméticos, como el exfoliante o la pasta de dientes, que eran utilizadas para el cuidado de la piel o los dientes por los humanos, pero difíciles de extraer por su pequeño tamaño y que afectaba incluso a los humanos.

Me dijo que esto no acabaría, que no se frenaría, ni rápido ni fácilmente, ya que, la cantidad de basura había evolucionado tanto en tan poco tiempo, que existían islas hasta arriba de basura. Era impresionante.

Seguimos con la historia. Una mañana nos despertamos y salí de la “cueva”. Larry, estaba escondido bajo la arena y casi no se le veía.

Estábamos de camino otra vez al Mediterráneo, cuando vimos que sobre nosotros había un barco, que emitía unos sonidos muy agudos que me dañaban.

Las ballenas se volvían locas e iban de un lado para otro sin control. Los peces espantados por los fuertes movimientos de estas, salían corriendo en todas las direcciones.

Grandes y pequeños peces, la mayoría de ellos lo oían. Les estaba matando ese sonido por dentro.

Larry y yo, huimos rápidamente y seguimos nuestro rumbo.

De camino, le pregunte qué era ese pitido, y de dónde procedía, quién lo emitía y por qué. Él me contestó que era un radar de un barco militar el que producía este sonido, con fines que ni el mismo conocía. Recordaba que su dueña estudió e hizo experimentos con peces y, decía que unas ochocientas especies tenían sensibilidad auditiva como las ballenas, delfines y las orcas, que se comunicaban, se reproducían y emigraban mediante ultrasonidos y, que esos pitidos, tan dolorosos, llegaban a matar. Nosotros también éramos dos de las especies con sensibilidad auditiva.

Al terminar de contarme eso, no pasó ni un segundo, cuando un grupo de peces espada pasó nuestro lado, llevándose a Larry por delante, y dejándolo caer por un acantilado hasta las profundidades marinas, donde él no podía ver.

No llegué lo suficiente pronto como para impedir que a mitad del acantilado, pasara un tiburón y, sin esfuerzo alguno, se lo tragara como si nada.

Todavía recuerdo que, él decía : “El humano ha roto muchas cosas: la alimentación de los seres vivos, los océanos limpios, el aire puro y fresco, el ciclo de la vida, la biodiversidad, la temperatura, el oxígeno del aire... gracias a los humanos luchas contra el dióxido de carbono... pero, lo peor de todo, es que no se dan cuenta que, no solo hacen daño a los seres vivos menos avanzados que ellos, sino que también se hacen daño a sí mismos. Con esto quiero que recuerdes, que dado que ya no se vive igual que antes, debes aprender a vivir

una nueva vida, en la que, no solo sobrevivieras a no morir de hambre, o no morir siendo comido por un depredador, sino que también debes aprender a sobrevivir a todo lo que te he estado enseñando todo este tiempo. Debes centrarte en terminar tu ciclo vital y ser lo más feliz que puedas, tu padre quizás murió, pero consiguió tener amor en su vida y algo por lo que luchar. Consíguelo tú también” .

Así que después de que esas palabras aparecieran en mi mente, decidí que ya era hora de hacer lo que era más correcto y, lo que más me haría feliz. Encontré a una pececita con la que tuve unos hijos maravillosos. Después de eso decidí, que todo aquello que me enseñó Larry, no se podía perder cuando mi corazón descansase. Debía contarlo a todos los que pudiese y ayudarlos en situaciones en las que me necesitaran. Ese era mi destino. De todo lo malo vivido, también podemos extraer cosas buenas.

Opinión del autor: creo que después de lo que está ocurriendo en los Océanos y Mares, esta historia es un ejemplo, de como nos podemos poner en la piel del otro. Claro está que es ficticia, pero nos sirve para comprender, que si todos aportamos podemos conseguir grandes cosas y, de que algo tan simple pueda causar, mucho daño en poco tiempo.

Por eso, me he decidido inspirar en hacer un cuento o historia, para que no sea una definición tras otra, con palabras que la mayoría no entiende. Pienso que si buscamos que todos conozcamos lo que ocurre, debemos hacerlo claro y visible para todos.

Gracias por su tiempo, y espero que les haya gustado.

García Villargordo, Marta.
Colegio Santa María (Elche)
Nivel : 1 de ESO
Grupo: A